

especifica y claramente diferenciada de la de los blancos. Por eso, tal vez, en donde nos hemos sentido más sorprendidos por ese mundo absolutamente distinto e inédito ha sido con las novelas de José María Arguedas, criado entre los indios de una comunidad que conservaba todas las costumbres y los valores indígenas, y capaz de encontrar la manera y el lenguaje más adecuados para mos-

tramos esta realidad de modo vivo y descarnado. Pero no son estos autores los únicos que se han propuesto esta tarea. Algunos otros, después, lo han hecho con diversa suerte. Y es dentro de esta línea que nos llega ahora la obra de Manuel Scorza (1), editada por Monte Avila. A

(1) Manuel Scorza: *El jinete insomne y Cantar de Agapito Robles*. Monte Avila Editores. Caracas, 1978.

lo largo de sus cinco novelas (tres baladas y dos cantares), este autor nos relata las luchas de los campesinos peruanos de los Andes Centrales, mezclando lo real y lo irreal de modo que forman un todo indisoluble.

La obra de Scorza incluye también cuatro libros de poesía, y su misma prosa tiene un algo de poético, con sus metáforas, sus símbolos, su lirismo. Lo irreal entra en la vida cotidiana

como parte de ella del modo más natural: los relojes se enferman, el río se para. Y, de paso, vamos conociendo los problemas de las comunidades, los abusos de los hacendados y la capacidad de sacrificio de los responsables y autoridades indígenas por defender lo que, en justicia, consideran les pertenece. Entre aventuras y relatos de astutos manejos legales, Scorza nos va describiendo la relación de poderes y los mecanismos de dominación imperantes en la zona.

Es, sin duda, una interesantísima aportación al conocimiento del indígena de la sierra al mismo tiempo que de la literatura peruana contemporánea. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.

ADIOS A LAS LETRAS

Columna de citas

Fernando Arrabal se despierta muy temprano para anunciar su vuelta a España. Cuando se va a Washington o a Londres se levanta una hora más tarde, porque hay menos simbología en esos viajes.

Algunos escritores se levantan de la cama por simbología. Otros lo hacen por mimetismo. El escritor español que con mayor originalidad se levantaba de la cama era Ramón María del Valle-Inclán. Muchos han querido asemejarse. El último en saltar de la cama a la manera de Ramón María fue Julián Marías. Un lector avisado le ha dicho que así no se levanta uno, con las ropas de otro. Resulta que don Julián Marías —a Aranguren le llamé el profesor flaco; para éste no se me ocurre nada— escribió en "El País" un artículo cuya tercera parte correspondía a citas del autor de "Tirano Banderas". Robando una idea obvia, que hubiera dado mucho juego en el titular de esta crónica, el lector le dice a Marías que pudo haber firmado su artículo con el seudónimo de Ramón Marías. ¿Qué hubiera di-



Fernando Arrabal.

cho, desde su tumba revuelta, el gallego de oro? Pero no es sólo Julián Marías el que se levanta de mañana y trata de arroparse con las citas ajenas para que su camastro resulte más lustroso.

Fernando Arrabal, el que se levanta temprano para volver de vez en cuando a España, también ha cogido el espejo cóncavo y ha tratado de proyectarlo en nosotros. "Mi tierra pasó ante el espejo cóncavo y pinté su retrato como si se tratara de un microcosmos". Don Ramón María se vestía más sencillamente y no andaba presumiendo por ahí de espejos cóncavos, de los que fue reputado fabricante espiritual.

En este país la mimesis crece junto al fuego, como el girasol y como casi todas las plantas tropicales. Este es un país de imitadores y de citadores tropicales. Quiénes hayan visto la exposición que Josep Renau ha abierto en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid podrán comprobar donde está el origen de la invención del cartel. Lo que pasa es que cuando uno llega a esos orígenes se ve, debajo de la obra, en las influencias y en los gestos, que ya anduvo alguien por ahí con los mismos espejos cóncavos y se los vendió al mismo tiempo a Renau y a la Coca-Cola.

Pasa en todo. Picasso imitó en las fauces del "Guernica" los horrores del parvenir. Los pintores no pintan jamás el pasado. Es decir, los pintores geniales describen el futuro en sus obras. Francis Bacon nos otorgó esos cuerpos deformes y próximos a su propia fisonomía. Ahora hay fotografías recorriendo el mundo en las que lo que Bacon inventó para la pintura aparece de nuevo por medio de un procedimiento técnico y automático. Los norteamericanos inventarán una máquina para imitar, copiar o reproducir exactamente nuevos guarnidos ahora que se van a quedar sin el original, el bello y el bueno.

Los imitadores tropicales no son sólo imitadores. Los recolectores de citas son como niños, que encuentran una fresa en el campo y creen que suya es la virtud del hallazgo. Las fresas son las geniales, por aparecer tan de improviso en el sendero. Los que las toman son los que pretenden trasladar la belleza ajena a la monotonía de su plato. Ramón María del Valle-Inclán dejó plateada de citas propias todas sus obras, como el otro Ramón de Madrid. Los demás —los restantes— han ido recogiendo, como sabios pobres, las hierbas arrojadas. ■ SILVESTRE CODAC.



Caricatura de Valle-Inclán, por Alejandro Sirio.

El divorcio en España

Dos libros complementarios acaban de publicarse sobre el divorcio, referidos a la situación española (1). Los dos son de gran actualidad, pues el país (a juzgar por las encuestas realizadas ya hace cuatro años) estaba propicio a una legislación civil —y aun eclesíástica— que recogiera esta posibilidad.

En 1975 se publicó un libro precursor, editado al 50 por 100 entre un canónigo madrileño a la vieja usanza y yo mismo. El uno y el otro concluíamos lo contrario, partiendo de las mismas premisas católicas. Pero desde entonces ha corrido mucha tinta en el país, y no la menor el desmoronamiento del nacional-catolicismo que había dominado en nuestra sociedad —con pequeños momentos de relativo respiro, como el de nuestras Primera y Segunda Repúblicas—, y había dominado por arte de las mutuas conveniencias y confusos acuerdos entre el Estado y la Iglesia de aquellas épocas. El franquismo no fue, al fin y al cabo, sino la exaltación y culmen de aquello que, muy preferentemente, comenzó en el inicio del reaccionario siglo XIX.

Aradillas publica un libro fundamentalmente de testimonios. Su parte central es una breve encuesta por medio de la cual se sondea —sin pretensiones directamente científicas, sino sólo para tomar el pulso al pueblo español— lo que opinan personas sencillas de las más diversas zonas de la geografía de nuestro suelo. Partiendo de estos vivos testimonios de opinión, pasa el autor a relatar

(1) A. Aradillas: *Divorcio en España*. Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1977. C. Alberdi y otras: *Ahora el divorcio*. Ed. Bruguera, 1977.